

y largas persecuciones de Constancio, ni el favor con que protejió á los arrianos han podido alterar la fé de la Iglesia católica.”

CELO DE SAN HILARIO DE POITIERS

EN DEFENSA DE LA FE DE NICEA.

Dios suscitó en las Galias un ilustre defensor de la consubstancialidad de su hijo, en S. Hilario, obispo de Poitiers. Este santo prelado trabajó en el Occidente del mismo modo que San Atanasio en el Oriente: se opuso con un valor inflexible á la impiedad de los arrianos: tuvo la dicha de preservar á su patria del contagio y de mantener allí la fé de Nicéa. Como el emperador Constancio, mucho tiempo hacia, trabajaba por estender el arrianismo, presentó á este príncipe un memorial, en que le suplica que ponga término á las persecuciones injustas que padecía la mayor parte de las Iglesias, privadas de sus pastores, y entregadas á falsos obispos que se apoderaban de ellas con mano armada. La generosa libertad con que habla al emperador, ya era necesaria. Se opuso con fortaleza á las intrigas de Saturnino, obispo de Arlés, escomulgado, tanto por sus vicios, como por sus relaciones con los arrianos, quienes lo protegían poderosamente. Constancio informado por Saturnino del celo de S. Hilario, desterró al santo obispo á la Frigia. Este destierro fué una disposición de la divina Pro-

videncia, que hizo que sirviese á la ejecucion de sus designios la voluntad depravada de los hombres. El emperador convocó poco tiempo despues un concilio en Seleucia, con el designio de abolir en él los cánones de Nicéa. Como los hereges estaban divididos entre sí, y formaban dos partidos opuestos, uno de ellos invitó á San Hilario para que asistiese al concilio, esperando que se uniese á ellos, con el fin de sacar esta ventaja para confundir al partido contrarió. El santo prelado vino á Seleucia, y allí defendió la fé de Nicéa con una firmeza, que confundió á los enemigos de la verdad. Pasó despues á Constantinopla, y pidió al emperador una conferencia pública para combatir en ella á los hereges á su presencia, y demostrarles la falsedad de su doctrina, por las continuas variaciones con que la presentaban. “Despues del santo concilio de Nicéa, dice, aquellos á quienes concedeis vuestra confianza, no hacen otra cosa que componer símbolos: su fé, no es la fé de los Evangelios, sino de las congeturas: el último año han variado cuatro veces su símbolo: entre ellos la fé tiene tantas variaciones como sus voluntades, y su doctrina igualmente se muda como las costumbres: cada año, y aun cada mes producen nuevos símbolos: destruyen lo que antes habian hecho: anatematizan lo que primero habian sostenido: no hablan mas que de la Escritura Santa y la fé apostólica; mas esto es para engañar á los débiles y debilitar la doctrina de la Iglesia.” Esta reflexion puede aplicarse á las diversas heregías que han nacido en los siglos posteriores al de San Hilario. Los arrianos que temian el ardor de su celo y la fuerza de

sus razones, evitaron la conferencia que pedía; y para librarse de un hombre á quien temian, obligaron al emperador lo restituyese á su Iglesia. Volviendo el santo obispo á su diócesis; atravesó la Iliria y la Italia: por todas partes animaba á los cristianos débiles y vacilantes en la fé. Su primer cuidado cuando llegó á las Gálias, fué remediar los males de la Iglesia. Saturnino fué escomulgado y depuesto como culpable de heregía, y otros muchos crimenes. La vuelta del santo prelado produjo los mas felices efectos: se restableció la fé en toda su pureza: recobró la disciplina eclesiástica su antiguo vigor: cesaron los escándalos, y la paz sucedió á las turbulencias. La muerte del emperador Constancio, sucedida el año 361, quitó á los arrianos su principal apoyo.

Adicion.—La causa de Fóino que desde el año 345 habia sostenido con pertinacia la heregía detestable contra el augusto misterio de la Trinidad y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, halló en esta época nuevos y quizá mas atrevidos defensores; porque los arrianos estendieron una confesion de fé, bajo una fórmula, que á primera vista presentaba la sencillez y pureza de la doctrina católica; pero en ella maliciosamente suprimían los artículos que negaban á cerca de los misterios referidos.

Potamio, obispo de Lisboa, hizo en Sirmie el año de 351, una segunda fórmula, mucho mas mala que la primera, que solo pecaba por insuficiencia, concebida en estos términos: *Convenimos en que no hay sino un Dios Padre Todopoderoso como lo cree todo el mundo, y un solo Jesucristo su único hijo nuestro Señor y nuestro Salvador, engendrado de él ante todos los siglos, que no se puede ni se debe reconocer dos dioses; pues el Señor mismo ha dicho: Yo iré á mi Padre, y á vuestro Padre, á mi Dios, y á vuestro Dios.* Los que adoptaron esta fórmula, ensalzaban con énfasis este texto, para atribuir la divinidad á solo el Padre con exclusion del Hijo: Hemos convenido sobre todo lo demas, añaden, pero como algunos se ofendian con la palabra sustancia, se ha juzgado conveniente no hacer mención alguna de ella. Con este pretesto no se hablaba, ni de identidad, ni aun de se-

mejanza de naturaleza, y todo el contesto inducia naturalmente á pensar que el Hijo de Dios era de otra naturaleza que su Padre, procedente, no de su sustancia, sino de la nada, como todos los seres criados.

San Febadio hace observar que lo que esta fórmula al parecer tenia de bueno, está espresado con tanto artificio, que fácilmente se puede torcer á un sentido perverso y muy conforme al arrianismo. Así la firmeza de Febadio, como la de los obispos de la Galia, escitó la emulacion de los mismos orientales, y dividió á los contradictores del concilio de Nicéa. Juntáronse estos en concilio en Ancira á solieitud del metropolitano Basilio; pero las resultas de esta asamblea fueron la condenacion de los anomeos ó arrianos puros, que negaban, no solo que el Hijo de Dios era consustancial al Padre, sino tambien que era semejante en sustancia; por lo que admitian la palabra griega *anomoios*, ó *desemejante*, que les dió el nombre &c.

Eudoxio, Acacio de Cesaréa y Uraneo de Tiro, se hallaban al frente de esta faccion la mas impia del arrianismo. A estos herejarcas siguió Aésio y Eunomio. Dividido de este modo el partido de los arrianos, se dió á los demas el nombre de semiarrianos, cuyos mas célebres maestros fueron Basilio de Ancira, Eustasio de Cebaste, Eleucio de Zísico, que no admitian el concilio de Nicéa, aunque sostenian fuertemente que el Hijo era semejante al Padre en la sustancia y en todas las cosas; pero estos mismos nunca confesaban que fuese del Padre y del Hijo una misma la sustancia y naturaleza. El último anatema de su concilio de Ancira condena espresamente el término *consustancial*.

(AÑO 360 DE JESUCRISTO.)

S. MARTIN, OBISPO DE TOURS.

El mas ilustre de los discípulos de San Hilario, fué San Martin, que se unió particularmente á este santo obispo, cuyas virtudes admiraba, y á quien

acompañó en todos sus combates por la fé. Martin nació en Sabaria, ciudad de Panonia, de padres idólatras. Dios previno á este santo hijo con una bendicion tan singular, que á la edad de diez años fué á la Iglesia de los cristianos, y se hizo alistar en el número de los catecúmenos. Como era hijo de un tribuno, se vió obligado á seguir la carrera de las armas; pero esta profesion, que para otros muchos es una escuela de licencia y de desórdenes; fué para el santo el taller de las mas heroicas virtudes. Se distinguió particularmente en el tierno amor que tenia á los pobres, nada podia negarles, y les distribuia todo lo que les sobraba de su sueldo. Un dia en el rigor del invierno, encontró á la puerta de Amiens un mendigo desnudo y traspasado de frio: este espectáculo escitó la caridad del santo caballero; pero no llevaba mas que sus armas y su vestido militar: sacó el sable, cortó la mitad de su capa, y la dió á este pobre para que se cubriese. Una accion tan heroica no quedó sin recompensa. La noche siguiente vió Martin en sueños á Jesucristo, vestido con aquella parte de su capa: y oyó que decia á los ángeles que le cercaban: "Martin siendo aun catecúmeno, me ha vestido con esta capa." Esta vision que le llenó de consuelo, lo determinó á pedir el bautismo; y luego que le recibió, pensó dejar el servicio militar: unido á San Hilario de Poitiers, atraido por la alta reputacion de este obispo, estableció á dos leguas de esta ciudad un monasterio á donde se retiró con algunos discípulos. Salia de tiempo en tiempo de su retiro para ir á predicar la fé á los idólatras, que habia entonces en gran número en aquellas poblaciones, y Dios autorizó el ce-

lo de su siervo con esclarecidos milagros. Pronto se dió á conocer en toda la Galia, y lo juzgaron digno del episcopado: el pueblo de Tours le pidió para su pastor; pero fué necesario usar de algun artificio, y aun de la violencia, para arrancarlo de su soledad. San Martin se portó en la silla de Tours con el mismo género de vida que en su monasterio: no se vió mudanza alguna ni en su vestuario ni en su mesa: únicamente con sus virtudes procuraba honrar su dignidad: la destruccion de la idolatría era el objeto mas ordinario de sus trabajos: corrió muchas veces la Turena con un celo infatigable, y sus discursos acompañados siempre de muchos milagros, convirtieron á los idólatras. Estando un dia en una poblacion llena de paganos, despues de haberles echortado á abandonar sus supersticiones, determinó cortar un robusto y viejo árbol, que era ocasion de idolatría: no lo consintieron los paganos, sino con la condicion de que el santo se tendiese á el lado mismo en que el árbol debia caer: Martin lleno de fé, aceptó la condicion: se cortó el árbol, pero al momento que iba á caer, el santo obispo hizo la señal de la cruz, y el árbol se inclinó para caer al lado opuesto con grande asombro de los paganos, que pidieron el bautismo. El santo prelado no interrumpió sus misiones mas que por otras obras de caridad: iba algunas veces á interceder cerca de los príncipes en favor de los malhechores: con este motivo hizo dos viages á Tréberis, donde estaba entonces el emperador Mácsimo; pero pedia estas gracias como obispo, y con un tono de dignidad que imponia al mismo príncipe. Mácsimo le veia con grande estimacion, y muchas veces le convidó á comer

á su mesa: San Martin se escusó al principio, pero despues creyó que debia acceder á este convite: Máximo tuvo tanto gozo, que llamó como á una fiesta solemne á los mas distinguidos de su corte. El santo obispo estaba en la mesa con un eclesiástico de la Iglesia de Tours, que siempre le acompañaba. Cuando se sirvió el vino, el emperador hizo seña al criado que diese la copa á San Martin, creyendo que él la recibiria despues de su mano; pero el santo obispo se la pasó al eclesiástico como á la persona mas respetable de la mesa: esta accion no desagradó al príncipe, y alabó á San Martin de que diese con preferencia á la magestad imperial, el honor debido á un sacerdote de Jesucristo. Tantas virtudes que resplandecian entonces con milagros sin número, hicieron á San Martin muy célebre en toda la Iglesia.

(AÑO 363 DE JESUCRISTO.)

EL EMPERADOR JULIANO INTENTA RESTABLECER EL PAGANISMO.

JULIANO, sucesor del emperador Constancio, abandonó el cristianismo, lo que dió motivo á llamarle con el sobrenombre de apóstata. Habiendo subido al trono, comenzó por conceder á cada uno de sus vasallos, el libre ejercicio de su religion, y por levantar el destierro á todos aquellos que por esta causa lo padecian. No trabajaba tanto en esto con la mira de conciliarse la estimacion de los pue-

blos, cuanto por hacer odioso el gobierno de Constancio. San Atanasio se aprovechó de esta libertad, y volvió á Alejandría: su entrada en esta ciudad parecia un verdadero triunfo: el pueblo fué á recibirle hasta una jornada del camino; y en tanto número, que parecia que allí se habia reunido todo el Egipto: subian á los tejados y á la cumbre de los árboles para verle: miraban como una gran dicha el que les tocase la sombra de su cuerpo; mas el gozo que causó la vuelta del santo obispo, no fué de larga duracion. El emperador, que á sus grandes cualidades añadia un espíritu falso y caprichoso, habia concebido el proyecto insensato de destruir el cristianismo, y restablecer el culto de los ídolos: para poner por obra sus designios, hizo salir á San Atanasio de Alejandría, y este grande hombre se vió obligado á ocultarse por el temor de experimentar mas malos tratamientos. Entre tanto, Juliano empleaba mas bien la seduccion que la violencia, fomentó la division entre los católicos y los hereges, para debilitar los unos por medio de los otros, y destruir á todos despues de un solo golpe. Aquella libertad de religion, que aparentemente dejaba á los cristianos, no era en realidad mas que una dura esclavitud: no les condenaba á muerte por un edicto general; pero tomaba por otra parte los remedios mas seguros para oprimirlos: prodigaba todos sus favores á los paganos, cuando los cristianos no recibian de él sino menosprecios, vejaciones y desgracias: se aplicaba particularmente á envilecer al clero, y todo cuanto tenia visos de la religion que él odiaba: con estas miras despojó á los eclesiásticos de sus privilegios; suprimió las pensiones destina-

das á la subsistencia de los ministros y de las vírgenes consagradas á Dios: esto disponia (decia él por irrisión) para ayudarles á alcanzar la perfeccion de su estado, y hacerles practicar la pobreza evangélica: despojó las Iglesias, é hizo pasar todas sus riquezas á los templos de los ídolos, que hacia reedificar á costa de los cristianos. En esta ocasion tuvieron mucho que sufrir los eclesiásticos: los apasionaban, los aplicaban á la tortura para que descubriesen ó entregasen los vasos sagrados y ornamentos: públicamente los insultaban, sin que alguno se atreviese á defenderlos: las Iglesias eran despojadas, demolidas ó profanadas; derribados los sepulcros de los santos; sus huesos arrojados á la inmundicia, y disipadas sus cenizas. Juliano procuraba ganar por medio de sus promesas á los cristianos débiles en la fé: la firmeza de aquellos que resistian, era tenida por un crimen de estado; al contrario los que se dejaban vencer y sacrificaban su conciencia á la fortuna, eran colmados de honores y de gracias. La apostasía era el medio seguro para obtener todos los cargos: ella suplía el talento y el mérito; ella cubria todos los crímenes pasados; y ella, en suma, daba derecho á cometer impunemente nuevos delitos. Dió Juliano una ley que excluía á los cristianos de toda magistratura, con el pretexto de que el Evangelio les prohibia hacer uso de la espada: les privaba de los derechos que les disputaban, y no permitia que ellos se defendiesen ante los tribunales. "Vuestra religion, les decia, os prohíbe estos procesos y querellas." Las ciudades que se declaraban en favor de la idolatría, estaban seguras de su benevolencia; por el contrario á las que se mantenian en la reli-

gion cristiana, jamás se hacia justicia: nunca daba audiencia á sus diputados; rechazaba sus querellas: prohibió á los cristianos el que enseñasen las bellas letras y ciencias humanas, porque sabia cuán útiles son para confundir el error, y para defender la verdad; pero él daba por motivo el que los cristianos debian permanecer en la ignorancia, y creer sin racionar. Este género de persecucion, hubiera sin duda alguna llegado á ser mas funesto á la Iglesia, que la crueldad de Neron y Dioclesiano, si Dios que la protege, no hubiera puesto cortos límites á la vida de este príncipe, y no hubiese destruido este proyecto infernal, quitando del medio á su autor con solo el aliento de su boca.

(AÑO 366 DE JESUCRISTO.)

JULIANO INTENTA REEDIFICAR EL TEMPLO DE JERUSALEN.

SU MUERTE.

EL emperador Juliano empeñándose en destruir la religion cristiana, él mismo dió una prueba de la divinidad de su autor y verdad de sus vaticinios. Conocia las profecías que anunciaban la ruina del templo de Jerusalem como irreparable: sabia que Jesucristo habia predicho, "que no quedaria de él piedra sobre piedra." Para destruir las Escrituras intentó volver á levantar el templo, y aunque no amaba á los judíos, los invitó él mismo para que cooperasen á esta empresa. Franqueó al mismo tiem-

po las sumas necesarias, y envió á uno de sus oficiales llamado Alipio, de mas confianza, para que apresurase la ejecucion de sus órdenes. Al punto ocurrieron de todas partes los judíos: una multitud innumerable de operarios se reunieron en el sitio del templo: se descombró la plaza, cavaron la tierra y trabajaron con ardor para arrancar los antiguos cimientos: los viejos, los niños y aun las mugeres cooperaron á este trabajo: ellas recibian en las faldas de sus vestidos las piedras y la tierra de los escombros. Entre tanto Cirilo, obispo de Jerusalem, se burlaba de sus esfuerzos: decia públicamente que habia llegado el tiempo en que la profecía del Salvador iba á cumplirse á la letra, que de este vasto edificio no quedaria piedra sobre piedra. En efecto, luego que demolieron los fundamentos del antiguo templo, sobrevino un horrible temblor de tierra, que arrazó las escavaciones, dispersó los materiales que se habian acopiado, echó abajo los edificios inmediatos, mató ó hirió á los operarios: quedaron arruinadas las obras; mas los judíos no deponian su obstinacion: recobrados de su terror volvieron á poner mano á la obra. Entonces salieron del seno de la tierra unos globos de fuego, despidiendo contra los operarios las piedras que ellos procuraban acomodar, y consumieron sus herramientas. Este terrible fenómeno se repitió muchas veces, y manifestaba evidentemente la accion de una inteligencia, que manda á la naturaleza, porque este fuego brotaba tantas veces, cuantas emprendieron el trabajo, y no cesó de salir, hasta que lo abandonaron. Una maravilla tan sorprendente llenó de espanto á todos los espectadores: muchos judíos y aun mas

número de idólatras, confesaron la divinidad de Jesucristo y pidieron el bautismo. El emperador, ciego en medio de la mas viva luz, vió destruido su proyecto; pero no depuso su ceguedad. Este hecho es incontestable, y unánimemente lo atestiguan, no solo los autores eclesiásticos de aquel tiempo, sino aun los mismos paganos como Amiano Marcelino.

San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, lo manifestaron públicamente en presencia de una multitud de oyentes, de los cuales muchos habian sido testigos oculares sin que alguno los contradijese. Un famoso rabino que escribia en el siglo siguiente, aunque tenia interes en ocultarlo, refiere el hecho y lo testifica con los anales de su nacion: el mismo Juliano confiesa que intentó reedificar el templo de Jerusalem, y su silencio sobre los obstáculos, que le hicieron renunciar su empresa, es una confesion tácita de lo que sobre esto han referido los escritores de su tiempo. Juliano entonces emprendió una guerra contra los persas, en la que murió infelizmente: su muerte fué mirada como un efecto de la venganza divina contra este príncipe apóstata, y de una particular providencia en defensa de la Iglesia perseguida por él.

JOVIANO, EMPERADOR, PROTEJE LA FE CATOLICA.



LUEGO que murió Juliano, los principales oficiales del ejército formaron un consejo, y de unánime consentimiento proclamaron emperador á Joviano.